

gris se estremeció: su escrutadora mi-
nisterio miss Ellen como si quisiese penetrar
de su alma y descubrir sus mas ocul-

—¿Sabes acaso? dijo en fin, viendo que miss Elfen mirándolo con curiosidad.
—El día en que me aparecisteis por última vez, me lo contó a ver lo.
—Primera vez acaso, este hombre superior en el fondo de los corazones, se engañó a sí mismo.
—Miss Ellen hablaba con sinceridad.
—Pero lo ignoráis, miss Ellen, sabed que el día del reverendo, así como lo he suscitado de manos de vuestro padre. Ambas cosas sucedieron en la misma noche.

pendo Paterson ha sido encerrado á bordo Manning, bajo la custodia de un especia-
liar Harris. Desgraciadamente se ha
sido barco para trasportar caballos á Fran-
co ha encontrado otro medio para con-
sionero, que aceptar la plaza de piloto.
parecia escuchar al Hombre gris con
erces.
uido:

... tomó el largo y bajó aquella misma noche. A la altura de Hampstead, el río estaba cubierto de una niebla tan espesa, que no se veía a más de una distancia; circunstancia que no desalentó a ninguno, puesto que favorecía sus proyectos. Después de un poco de tiempo, oyó como el ruido de las botas caer una después del otro al agua, y como uno de los hombres de la tripulación se inclinaba al reverendo en libertad, sacándolo de la celda en la que estaba encerrado, y que ambos se habían

hechado a mado. Pero, como no podía dejar el timón, no lo fue por poder asegurarse del hecho. Sin embargo, en cada duda, llevó a cabo el proyecto a cabal.

— ¡Ah!... ¿Tenía un proyecto?

— Sí. Una vez en alta mar, dirigí el barco hacia un escollo, y lo hecho a pique. La bruma era tan espesa, que habría, que logró salvarse a mado, no la pudo salvar a mado. Se acababa ahogado o no sus compañeros. Así ignoramos a esta hora cuál ha sido la suerte del reverendo Patterson, y...

En este punto, el Hombre gris ha interrumpido por un momento el clamor que se elevaba de la multitud.

Un lustroso Pavoche acababa de aparecer sobre el canal, y el venerable criatura lanzaba gritos agudos y luchaba por desahuciar de las manos de los ayudados de Calersif.

Pero aquello fué rápido como un relámpago. El verdugo le echó el gorro negro sobre los ojos, la trampa hizo. báscula . . . y mistress Fanocho quedó pendiente y mecidiéndose en el espacio.

Entonces el hombre gris separó á miss Ellen de la ventana.

—Y blant le dijo

— ¡Oh! exclamó la jóven con una emoción que le hizo estremecerse, sois un hombre terrible.... os odio, pero os admiro....

Y quiso escapar por en medio de la multitud de curiosos que había invadido la sala; pero él la detuvo.

— Quisiera veros á solas, la dijo dignos indicarle un día, una hora....

— ¿Os atreveréis á venir?...
— Sí, porque tal á amarme, si no me amais ya.
— Pues bien, dijo la jóven con voz entrecortada por la emoción, si os atrevéis.... venid al subterráneo por donde habeis penetrado ya una vez en mi casa.

—¿Cuándo?
—Mañana.
—¿A qué hora?
—A media noche.
—No faltaré.
Y saludando á la joven, hizo una seña á Shoking:
y ambos salieron de la sala.

IV

Al día siguiente en efecto, un poco antes de media noche, una barca se separó de la orilla del Tamesis, y se deslizó silenciosamente perdiéndose entre la niebla. Dos hombres iban en aquella barca. Shokiug y el hombre gris. Shokiug, sentado en la proa, manejaba los remos. De pie, en la popa, el hombre gris con la cabeza descubierta, y envuelto en una capa de color pardo, parecía absorto en una meditación profunda. La barca iba rápidamente, la corriente, y la niebla.

...e, finalmente, a corrente, e a me-

lta era tan espesa, que los reverberos del puente de Westminster aparecían a lo lejos como pequeñas ascuas culebrinas de ceniza.

—Shoking imitaba el silencio de su amo, pero suspiraba al mismo tiempo.

—Así aguardaré por largo espacio, pero cuando ya llegaban cerca del puente, Shoking rompió de pronto el silencio, y dijo con muestras de grande ansiedad:

—Pero, señor, ¿es posible?... ¿vais en efecto a casa?

Esta interrogación directa arrancó al hombre gris de su profunda meditación.

—Sin duda, respondió.

Shoking dejó escapar un nuevo suspiro.

—Ea vuestro lugar, murmuro, yo sé bien lo que

—¿Qué harías pues?
—¡Toma! no iría a la cita.
—¡Ah!... y por qué?
—Recelaría caer en un lazo.
El hombre gris se sonrió y no respondió una palabra.

Shoking no se dió por vencido.
—¿Que quereis? anadió, nadie es dueño de dominar sus presentimientos.
—¡Ah!... ¡túncos presentimientos!
—Sí, señor.
—Veamos de qué especie.
—Se me figura que si vais mas lejos.....
—¿Qué!.....
—Os sucederá una desgracia.
El Hombre gris se encogió de hombros: en seguida sacó el cigarro y, advirtiendo el fuego de su cigarro, lo acercó a la cara ver la hora.
—Las tres menos cuatro, dijo. En paz de conciencia.

—¡Credis pues en el amor de esa vibora?

—Sí.

Shocking levantó los ojos al cielo y su mirada parecía decir:

—¡Perdonadle, Dios mío! el amor turba su razón!... No es que mis Ellen le ame, sino que él se ha vuelto

—¡Date prisa! dijo bruscamente el Hombre gris, como si hubiera adivinado los secretos pensamientos de Shoking.

Este se puso á remar entonces con una especie de rabia, y como si estuviese ahora impaciente de ver llegar el desenlace trágico que creía entrever.

El Hombre gris volvió á caer en su profunda meditación.

La barca pasó rasando los muros del Parlamento,

...tomo por el ultimo arco del puente que tocaba la ori-

lla izquierda, y vino a detenerse bajo la entrada de un ancho conducto que daba a los subterráneos del palacio Palmure.

El Tánemis había crecido, y el Hombre gris le hizo observar a su compañero que el agua llegaba a la marca alta, hasta el oído del subterráneo.

Shoking, convencido ya de que no haría volver atrás a su aliado, se respondió a estas observaciones, y asintiendo a un anillo de hierro empotrado entre las piedras del mazo, puso en una cuerda sujeta a la barra, y la colocó de modo que el Hombre gris podía desde el borde seguir la entrada del conducto.

—De modo, señor, repuso Shoking intentando el último esfuerzo, voy a presionar la cuerda, ¿cierto?

—No, mi buen Shoking, yo sé siempre lo que me conviene hacer.

—Entonces, tenéis entera fé en el amor de miss Ellen....

—Estaré seguro de ello antes de una hora.

Shoking levantó de nuevo los ojos al cielo, como tomándolo por testigo de la bondad de su corazón.

—¡Pero! ¡pero! ¡temo de la locura de su amo.
—¡Levántate! ¡meoas vuestras pistolas! ¡meoas.
—No.
—¡Y vuestro puñal!
—¡¡¡ampoco.
—¡Pero ¡es una verdadera locura! exclamó Shoking desesperado.
—¡¡¡buecill! ¡dijo riéndose el Hombre gris, ¡¡¡dónde has visto que se vaya con armas a una cita de amor?
—Pero.
—Basta, Shoking, dijo con gravedad el Hombre gris, dentro de una hora estaré probablemente de vuelta. Si así no sucede, no te inquietes por mí.

—Pero, señor....

—Nada, sigue puntualmente mis instrucciones.... y Milton te dirá en París lo demás que debes hacer....

—No olvides que importa mucho el que salgais mañana de Inglaterra.

Y diciendo esto, asió con ambas manos la piedra que servía de empujamiento á la entrada del subterráneo, y alzándose vivamente exclamó:
—No esperes más de una hora.
El pobre Shoking lo vió desaparecer, y murmuró al verse solo:
—¡Oh! tengo miedo!.... ¡Qué va á suceder, Dios mío!

Shoking tenía miedo en efecto.....

No por él en este instante; aunque ya hemos visto en otras ocasiones que el pobre Shoking tenía bastante apuro a la vida y no le arribaba por su voluntad; pero en este momento, al divertirse su propio peligro y pensar solamente en el Hombre gris...

Y es que el buen Shoking no cedía únicamente en esta ocasión a sus negros presentimientos; el pobre diablo no había sido jamás bello ni rico, y de consiguiente estaba muy lejos de haber sido el niño mimado de su familia; pero creía en el azar, y estimaba que la sola misión que le quedaba por cumplir era la de equipar al hombre de la noche a la mañana.

Sus aprehensiones redoblaron al ballarse solo.

— ¡Decididamente no hay hombre completo, se decía

separándose caer desorientado sobre el suelo de la
barca. Cada uno tiene su flaco en este mundo, y el de
ese pobre amo, el Hombre gris, es el de creer en el
amor. Yo por mi parte, lo que creo es que va á caer
como un fouteu en el lazo que le ha tendido ese demo-
nio con falda, que nos ha jugado ya tantas malas pa-
sadas..... Lo único que me consuela es, que si lo

Este razonamiento no carecía de lógica, y probaba una vez más la entera fe que tenía Sholín en el incontestable ingenio y poderosos recursos del Hombre gris.

Un cuarto de hora hacía que este había entrado en el ambiente.

Entretanto, las más absurdas suposiciones se agrupaban una tras otra en la turbada imaginación de Sholín.

Al principio creyó que iba a asesinar al Hombre gris, y esperaba oír de no momento a otro sus gritos de agonía; después imaginó que el subterráneo de

Pero el tiempo trascurre, nada de esto tenía lugar y la mayor calma recuadra en el subterráneo.

Su embargo, pasados algunos momentos mas, un ruido sordo, que se hacia cada vez mas perceptible, vino a herir los oídos de Shoking.

Pero este ruido no venia del subterráneo, sino del

Shoking escuchó al principio con ansiedad, y después se dijo:

—¡Bah! sin duda son marineros ó pescadores . . . ó acaso la ronda de policía del puerto *Haistai*.—Permítanlos tranquilos, y pasaran sin verme.

Al ruido, sin embargo, se hacía cada vez más distinto, y la barca parecía venir hacia él.

Peró Shoking, en tanto, con la vista fija en la entrada del canal, que no

Per lo demás era poco probable que la barca,—

que parecía continuar acercándose, —viniese sin certeza del parapeo, que pudiera aborzar la de Shoking. Sin embargo el ruido se acercaba por instantes. Shoking no veía nada aun, pero oía rumor confuso de voces mezcladas al golpeo de los remos. En fin, de repente la barca desgarró la niebla, y apareció á los ojos de Shoking. Entonces este se acostó en el fondo de su estipe y esperó que pasaran de largo. Pero la barca veía derecha hacia él. Una vaga inquietud se apoderó entonces de Shoking, que empezó á entrever un nuevo peligro. Tres hombres venían en aquel barco, dos al remo y

La noche, como sabemos, era bastante oscura; pero si Shoking no podía ver el rostro de aquellos hombres, oía su voz, y llegó hasta él mas distinta, una que le hizo estremecerse.

había oído aquella voz.

— Si, decía, para mañana por la mañana.

— No tan mal en Newgate! respondió otra voz, la del segundo barquero sin duda, pero que era enteramente desconocida para Shoking.

— Ayer ahorcaron a la maestra de niñas. Mañana...

— Mañana, interrumpió la segunda voz, creo que es el turno de ese pobre John.

Esta vez un recuerdo vino de improvviso a la mente de Shoking.

Al fin reconoció aquella voz, que era la de Nichols, el agente de policía.

—¡Si llegan a conocerme, estoy perdido!

El pobre diablo se arrepentía amargamente de haber seguido en esta aventura al Hombre gris y de no estar ya camino de Francia.

De repente Nickols y su compañero dieron un fuerte empuje a los remos, y su barca vino a chocar con la de Shoking, que se levantó aturdida. Fuera de sí,

VI

Al levantarse, Shoking había cedido al mismo tiempo a una inspiración. Olvidado al hombre gris para no pensar más que en el riesgo personal que corría, su primera idea fué arrojarse al agua y escapar á nado favorecido por la niebla.

Esto hubiera sido tal vez muy fácil, admitiendo que

la barca de Nichols hubiese chocado con la suya por azar; pues en este caso era evidente que Shokiug po-

dia arrojarse al río antes de que pudieran haberlo
conocido.
Pero por desgracia, la casualidad no tenía parte
alguna en este encuentro.
Apenas se había puesto en pie, y antes de que
pudiese hacer el menor movimiento, Nichols había
saltado a su barca y cojió al infeliz por el cuello.
Shocking arrojó un grito y cayó por desmayarse.
Nichols se volvió y reconoció a Nichols.
Shocking, en vez de intentar redoblar sus esfuer-
zos para escapar, pero el otro marino vino a
seguida en ayuda de Nichols, a tiempo que el hombre
que estaba de pie en la barca gritaba con voz impe-

—¡Atad á ese bribón de pies y manos, y acabemos.
—Y Shoking reconoció con terror la voz del reverendo Patterson.
—¡Si grita, matadle! añadió el ministro anglicano.
—¡Los muertos resucitan!... murmuró Shoking aterrado, sintiendo erizarse sus cabellos.

—Fué esta causa de la muerte de John, á quien
van á ahorcar mañana, dijo Nichols; pero descuida,
dentro de un rato ajustaremos cuentas.

—¡Perdon! murmuró Shokiug.

—Ya haréis después de él lo que os plazca, dijo el
reverendo; por ahora contentaos con sujetarlo bien.

Nichols y su compañero, que era un mozo solido,
se echaron sobre Shokiug, lo volcaron en el fondo
del barco, le ataron las manos á la espalla, y le pu-
sieron un pañuelo en la boca para que no gritase.

—Ahora, dijo el reverendo, venid y empujad la
barca hasta la escalera del puente de Westminster.

Aunque reducido a la impotencia, Shoking cobró ánimo al verlos alejarse. Hasta tuvo por un momento la esperanza de que el Hombre gris vendría a liberarlo, pero como esta hipótesis era por demás dudosa, pensó que lo más acertado sería ayudarse a sí mismo. Hizo pues esfuerzos desesperados para destatar-

—Ahora, ya sabeis lo que os queda que hacer.
—Sí, Vuestro Honor, respondió Nichols.
Shoking, que había logrado sacar un brazo de sus ligaduras, y se encontraba dueña de su voz, dijo:

sacó cautelosamente la cabeza fuera del barco, y vió al reverendo subir la escalera y alejarse rápidamente,

